

## JOSÉ AGUSTÍN DE LA PUENTE

MAGISTERIO, MINISTERIO, AUTORIDAD: más allá del uso corriente de tales palabras

Es un honor para mí encontrarme esta noche con ustedes, amables asistentes, en el acto de homenaje a un distinguido historiador y hombre de letras, el Dr. José Agustín de la Puente Candamo, cuya vida ha estado destinada al servicio al Perú, a la Iglesia y a la formación de nuevas generaciones de personas identificadas con altos valores cívicos y éticos.

Deseo empezar mi intervención recordando unas ideas que me suscitó hace unas décadas la lectura de un ensayo que el gran músico Arnold Schoenberg escribió sobre Gustav Mahler, otro notable compositor. Cito un pasaje de tal obra:

“Nuestra pasión por el objeto venerado debe inflamarnos hasta tal punto, que cada uno que a nosotros se acerque se vea contagiado de esa llama, consumido por el mismo ardor y rinda culto al mismo fuego que para nosotros es sagrado. En nosotros, este fuego habría de arder con tal resplandor que nos hiciera aparecer transparentes, de tal modo, que su luz clara se esparciera e iluminara incluso a quien hasta ahora caminó en la oscuridad. Sin ese resplandor, el apóstol predicará herejías. Aquel a quien le es negado el halo de santidad no lleva consigo la imagen de ningún dios. Porque el apóstol no ha de brillar por sí, sino por la luz que utiliza a su cuerpo como simple envoltura; al atravesarla, produce la sensación de que el iluminado resplandece por sí mismo.”<sup>1</sup>

Tal texto me indujo a pensar que el apóstol es aquel que transparenta la luz y que no brilla por sí mismo. Es aquel que no se jacta de poseer la verdad, sino que es poseído por ella y la refleja, la transmite con humildad y generosidad.

Hoy evoco esos pensamientos a propósito de la vida y la obra de José Agustín de la Puente y Candamo. Lo que diré no es solo mi opinión: mis palabras hacen eco de testimonios que he escuchado durante muchos años. Sencillez, gentileza, acogimiento, espíritu de servicio son rasgos propios del apóstol que alumnos, empleados y amigos siempre percibimos en él. Allí están sus obras para corroborarlo: la convocatoria a

---

<sup>1</sup> Arnold Schoenberg. *El estilo y la idea*. Madrid, Taurus Ediciones S.A., 1963, p. 32

discípulos para, más allá de las clases, formarlos como historiadores, investigadores o promotores de actividades de servicio al magisterio escolar y a la comunidad; el apoyo al Archivo Riva-Agüero, a las labores arqueológicas y a la creación y la consolidación de museos, etc. Son muchos los temas a los que podría referirme; pero deseo centrarme en uno. Lo he llamado *José Agustín de la Puente. Magisterio, Ministerio, Autoridad*: más allá del uso corriente *de tales palabras*. Reflexionaré, pues, sobre esta entrañable persona a partir de lo que ellas encierran.

Si bien el Dr. de la Puente y yo nos educamos con los padres franceses del colegio Sagrados Corazones La Recoleta, deseo recurrir a un concepto de la formación jesuita para iniciar mis referencias a la personalidad y la función de nuestro ilustre homenajeado. Me refiero al concepto de “magis”, clave dentro de la espiritualidad de San Ignacio de Loyola. De la palabra latina “magis” (adverbio de cantidad traducible por “más”) derivan las palabras magister y maestro. Se trata de términos que aluden a un proceso de crecimiento de la persona, la que, inspirada en el amor a Dios, no crece a solas, sino en el servicio al prójimo. Así, el que se abaja, el que sabe hacerse pequeño, y actúa como siervo, minister o ministro, sirviendo hace crecer a otros y crece él mismo. El término latino “minister” y, en consecuencia, “ministro” son palabras que vienen de “minus” (menos). El maestro busca el “magis” y para lograrlo debe hacerse “minus”. José Agustín de la Puente supo ser maestro y ministro. Creció e hizo crecer. O, tal vez mejor, haciendo crecer a otros mediante su servicio (su ministerio) se convirtió en maestro (ejerció el magisterio). Repito: asumió una posición de humildad, se hizo menos, fue siervo, para hacer crecer a los que formaba. Y así, él también creció movido por el reconocimiento de la presencia de Dios en cada uno de los otros a los que atendía con humildad. Eso era apostolado.

De ese modo, alcanzó una condición de “auctoritas”, “autoridad”. Es decir, se volvió autor de otros. ¿Cómo se logra ello? ¿Cómo se hace alguien autor de otros y se vuelve autoridad? Mediante el ejemplo. Creo que la autoridad no es una simple forma o un cargo que viste o reviste a una persona. Es la persona la que viste al cargo y ejerce la autoridad al volverse autor, modelo, maestro, alguien que impulsa a obrar e induce a crecer. La verdadera autoridad no solo depende de la formalidad de un nombramiento ni del uso de unos signos distintivos, como una corona, una banda presidencial, una

faja o una medalla. Creo que depende más del ejemplo constructivo. Pienso en el Dante de la Divina Comedia que se dirige a Virgilio, cuando este se le aparece para ofrecerle su guía por el arduo camino del otro mundo. Dante reconoce a Virgilio como su maestro, su guía y su autor. Virgilio, quien en una de sus obras, *La Eneida*, había tratado del viaje de Eneas al mundo de los muertos para confirmar su alta misión, y quien había cultivado la poesía en estilo elevado, podía ser su autor, su creador, su guía, su ejemplo, el que lo impulsara a tomar un camino largo y difícil en busca del Bien, luego de haber fracasado en su intento de avanzar a solas por el ilusorio rumbo del facilismo inmediateista y chapucero. José Agustín, como Virgilio, supo ser autor, creador de otros, guía, ejemplo. Allí reside la autoridad.

José Agustín de la Puente ejerció el magisterio no solo porque dictó clases. Fue un verdadero docente que supo inducir a los alumnos a crecer y a sacar de sí lo mejor. Los hizo crecer. Para ello asumió el ministerio, el servicio propio del profesor que no busca lucimientos gratuitos o apabullantes, sino el de aquel que sabe dirigirse a los menores y hacerse siervo de ellos. Y lo hizo no solo con las lecciones del aula, en las clases, sino con el ejemplo que es la base de la autoridad.

Además, magisterio, ministerio y autoridad estuvieron siempre presentes en el desempeño de los cargos que asumió en la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde pude apreciar su labor como Decano de la Facultad de Letras, cuando yo era alumno de dicha unidad, y como Director del Instituto Riva-Agüero, centro de investigación de la referida casa de estudios, en el que lo acompañé como Secretario durante varios años.

Ingresé a la Facultad de Letras en 1959 con la idea de estudiar Lengua y Literatura. Entonces dicha unidad académica funcionaba en la Plaza Francia o Placita de la Recoleta como prefería llamarla Pedro Manuel Benvenuto Murrieta, gran amigo y excepcional caballero limeño. Yo tenía 16 años y el Decano de mi nueva casa de estudios era el Dr. José Agustín de la Puente y Candamo, un señor un par de décadas mayor que yo al que los recién ingresados mirábamos con gran respeto y timidez. Grande fue mi sorpresa cuando a los pocos días de iniciadas las clases, él tomó la iniciativa de acercarse a un pequeño grupo de alumnos que estábamos en el acogedor patio de la Facultad a la sombra de un árbol de la especie "Tipuana tipo", conocido

también con el nombre de “tipa”. Nos sorprendió que el Decano se interesase por saber cómo se encontraban esos nuevos e inexpertos alumnos. Nuestro asombro se incrementó cuando nos invitó a pasar a su oficina y nos dedicó parte de su valioso tiempo. Nosotros, abusando de su gentileza, preguntamos por las calificaciones obtenidas en cada uno de los diversos exámenes que habíamos rendido en el proceso de admisión a la universidad pues los recién ingresados conocíamos solo la nota final que resultaba de promediar cuatro pruebas. Él, con innegable espíritu de servicio, satisfizo nuestra curiosidad. Para ello llamó al Secretario de la Facultad, el Dr. Luis Felipe Guerra, persona igualmente entrañable y gran maestro, de cuya muerte pronto se cumplirán 44 años. Ambos buscaron las actas e inmediatamente nos brindaron la información solicitada. Eso me impresionó. En varias oportunidades he reflexionado sobre esa situación y cada vez me ha quedado más claro que era el espíritu de servicio lo que movía al Dr. de la Puente. Esa era una lección de humildad y un ejemplo propio de un auténtico cristiano. Hoy estoy convencido de que estaba ante una persona que hacía una realidad unitaria de la tríada magisterio, ministerio y autoridad. Y eso se volvía lección de vida, ejemplo, que inducía al alumno a aspirar no solo al conocimiento, a la acumulación de información, sino al empeño por ser mejor persona y buen profesional. Eso es educar en el sentido más pleno de la palabra. Eso es amar a Dios y proyectar tal amor a las criaturas. Allí están el auténtico magisterio, el fecundo ministerio, y el positivo ejercicio de la autoridad. Allí se hacía transparente la luz de la fe, la esperanza y la caridad.

José Agustín, el Decano de la Facultad de Letras, siempre supo mantener el contacto con los alumnos y estar a su disposición, aunque estos fueran los adolescentes del primer año de estudios. En ese marco recuerdo sus lecciones y orientaciones en la asignatura llamada “Lecturas”, la cual preparaba para una efectiva vida académica mediante el desarrollo de la capacidad analítica y del espíritu crítico. El Decano bajaba a nuestro nivel de inexpertos adolescentes para servirnos y hacernos crecer. Otro tanto sucedía con su curso de Historia del Perú del segundo año de Letras, donde el alumno aprendía a comprender y amar a este país en su compleja realidad y a intentar mejorarlo.

Desde 1967 tuve el privilegio de tratar con el Dr. de la Puente en el Instituto Riva-Agüero, en el que fui Secretario por veinte años. Allí pude apreciar diariamente sus virtudes personales, académicas, directivas. Entonces siguió siendo un maestro para mí, y para muchos. Guiaba y educaba con su ejemplo en el ejercicio del buen gobierno de la unidad, y con sus atinados y prudentes consejos que inducían a crecer a quien los recibía.

Era una persona sólida con ideas claras, capaz de defenderlas; pero siempre con cortesía y respeto por el otro. Jamás le escuché una palabra ofensiva dirigida a otro o para calificar a alguna tercera persona. Ello me enseñó que más importantes que las ideologías son las personas. Aprendí que las ideas y las ideologías son medios, instrumentos útiles para servir al prójimo, al otro, y que el prójimo es ese otro al que me debo aproximar para ayudarlo a crecer (ministerio, magisterio y autoridad). Allí se hacían vivas las enseñanzas de Jesús.

Su respeto por el otro lo llevaba a usar expresiones que no resultaran duras, indecorosas, ofensivas o penosas: recurría, pues, a los llamados “eufemismos”. No era raro oírlo usar la palabra “pintoresco” para calificar un objeto o un comportamiento al que otras personas hubieran calificado con adjetivos como “huachafo”, “cursi”, “ridículo” u otras palabras que no serían adecuadas a la formalidad de esta ceremonia.

Cuando se le acercaba alguien que no estaba en sus cabales, o se mostraba ansioso, angustiado o muy preocupado por algo, él, con serenidad, le aconsejaba: “No te agobies”.

Un eufemismo más elaborado que le escuchamos varias personas en una reunión formal para referirse a un señor muy complicado, que estaba actuando inadecuadamente para los intereses y la armonía de una institución seria, fue el siguiente: “Es un buen hombre que se confunde con el planteamiento de problemas originales”. Usó entonces una oración entera elaborada con especial refinamiento con el propósito de no herir ni dañar la imagen de una persona que no estaba en la referida sesión. Si bien estas expresiones eufemísticas pueden resultarnos graciosas, pienso que ellas responden a una finura de espíritu surgida de la valoración del ser

humano, de la persona como tal. Para mí fueron lecciones inolvidables de un maestro que supo asumir su ministerio y convertirse en autoridad gracias al ejemplo que dio.

Por suerte, en la historia de nuestro país existen o han existido personas como José Agustín de la Puente y Candamo, ese recoletano ilustre que ha sabido vivir, servir y crear honrando al lema de su colegio: Dios, Patria, Familia.

El amor a Dios lo inspiró a amar sirviendo al prójimo con dedicación, esfuerzo y respeto. De ese modo, él creció e hizo crecer a otros para ser útiles a la Patria y a la Familia, esa pequeña sociedad en la que empieza a moldearse y vivirse, positiva o negativamente, lo grande. En la vida he encontrado algunas personas con espíritu de verdadero respeto por el otro, personas acogedoras, dispuestas a servir al menor, al desvalido, a ayudarlo a crecer y a elevarse de las limitaciones de lo cotidiano, a trascender. José Agustín de la Puente y Candamo es una de ellas.

Si inicié mis palabras con una alusión a ideas suscitadas en mí por una lectura de hace muchos años, concluiré con la referencia a una experiencia vivida hace poco más de un mes en la ciudad italiana de Pescara, en la ocasión de una visita a la casa museo del escritor italiano Gabriele D'Annunzio. Allí tuve la oportunidad de ver un emblema de dicho autor. En él se observa una cornucopia de la que no sale oro, sino asoman espigas de trigo, racimos de uvas y flores, en los que podríamos ver representados al alimento, la bebida y las artes, la poesía. A tal figura se superpone el lema: "Io ho quel che ho donato" (yo tengo lo que he donado). Esto me hizo pensar en el doctor de la Puente. Él ha donado mucho a tantos y podrá sentir que ello, el haber dado, es un tesoro que mantiene en su corazón.

Gracias, José Agustín, por tu magisterio, tu ministerio y tu autoridad: son espigas, uvas y flores que nos has donado y que conservas para siempre como verdadero tesoro.